

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

6-12-1973

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

LA ORACIÓN ES OMNIPOTENTE

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

Dios vive su vida en la plenitud apretada de su infinita perfección. Tiene en sí todo cuanto pudiera apetecer. No necesita nada para ser y tener cuanto es y cuanto tiene, porque es lo que puede ser y tiene cuanto puede tener, a pesar de poder ser y tener todo en infinitud.

El hombre es lo que Dios ha querido que sea, y tiene cuanto Dios ha querido darle. Dios quiso crearle para que fuera imagen de su infinita perfección y para que le poseyera por gracia en cuanto es y tiene.

Todo lo que Dios es, en Él es realidad infinita por su adhesión a sí mismo. El hombre es imagen de Dios y le posee en la medida que a Él se adhiere.

Por eso, para llenar la plenitud de su ser y de su obrar, el hombre ha de tender irresistiblemente hacia Dios, único fin para el que fue creado, y cuando esto hace, vive en el encajamiento

de su realidad, es feliz y da sentido perfecto a todo su ser y actuar. Por lo que un hombre que no tiende hacia Dios, es un ser deforme en la creación, fuera de su centro y desencajado de su fin; es un ser extraño.

Por eso, cuando el pecado nos separó de Dios y nos sacó de nuestro centro, lanzándonos por derroteros que nos alejaban del Sumo Bien, Dios mismo, ante tal desconcierto, determinó, en un derramamiento de amor y de misericordia hacia nosotros, hacerse Hombre, para, como Camino, conducirnos nuevamente a su Vida por medio de la Verdad de su enseñanza. Y para que todo cuanto deseaba se convirtiera en realidad, nos injertó en Él, haciéndonos una cosa consigo mismo en la persona del Verbo Encarnado, reencajándonos en su plan infinito y haciéndonos vivir en Él y hacia Él, según su designio amoroso al crearnos.

Pero, al incorporarnos a su plan de redención, quiso asociarnos a sí, de manera que su voluntad sobre nosotros se realizara a través de nuestra colaboración y adhesión a Él como Sumo y Único Bien.

Dios se nos da total e incondicionalmente, nos descubre y manifiesta la realidad infinita de su ser y de su obrar, y nos pide nuestra respuesta libre y personal a la donación infinita de su entrega. Nos invita a seguirle, haciéndose Él mismo para nosotros el Camino sugestivo de la felicidad que nos conduce a su Vida. No nos

obliga; nos invita generosamente a la plenitud de su posesión, y exige nuestra colaboración para llegar a conseguirle como Sumo Bien, para el cual hemos sido creados.

Fue plan de Dios llevarnos a Él, al crearnos a su imagen y semejanza; es plan de Dios incorporarnos a Él por medio de la redención; y es plan de Dios –que Él voluntariamente respeta– que su donación infinita sea recibida a través de nuestra colaboración, y por eso se nos da incondicionalmente, pero en la medida en que nos dispongamos a recibirle.

¡Qué haría en nosotros y con nosotros si nos abriéramos a su acción santificadora...! ¡Qué plenitud de dicha y de felicidad la de nuestra posesión...! ¡Qué anchurosidades de horizontes se nos descubrirían en los torrenciales manantiales de las Eternas Fuentes...! Pero no todos nos saciaríamos de las Aguas, sino el que se pone a recibir de sus infinitas corrientes y en la medida que se abre a sus afluentes inagotables.

¡Cuánto tiene Dios preparado para nosotros, y, a veces, qué poco recibimos, por no saber o no querer prepararnos ante el paso de su amor eterno...! Nos creó y nos redimió para que fuéramos semejantes a Él, y para que viviéramos en la compañía hogareña de su Familia Divina, pero por medio de un “sí” de colaboración a su entrega

amorosa. ¡Cuántas cosas quiere darnos...! ¡Cuántos bienes espirituales e incluso materiales que, por falta de nuestra colaboración, se quedan en el querer divino sin convertirse en realidad...!

“Todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederé”. ¡Todo! Dando tal fuerza a nuestra oración, que somos omnipotentes ante el Padre.

¿Por qué no conseguimos entonces casi nada? Porque no pedimos como debemos; y por eso nuestra vida se hace infructuosa y nuestros ruegos estériles.

Dios tiene innumerables gracias colgadas de nuestras peticiones, ya que, al injertarnos en Él, nos dio un sacerdocio capaz de arrancar los tesoros infinitos de su pecho, en derramamiento para todos los hombres; y, en el ejercicio de este sacerdocio, nos hacemos fecundos y vitalizadores dentro de la Iglesia. Sacerdocio misterioso que repleta nuestras vidas en la llenura de la posesión de Cristo, frente a Dios y frente a los hombres. En la medida que tenemos a Dios, lo comunicamos a través de nuestro sacerdocio místico vivido “entre el vestíbulo y el altar”.

¡Qué manantial de gracias, de dones, de frutos y de riquezas tiene el Padre contenido en el volcán de su seno, esperando de nuestra oración sencilla, cálida y familiar, para derramarse en frutos de vida eterna...! ¡Qué grande, qué omnipotente, qué poderoso es un hombre orando a los pies del Sagrario...! Tanto que, ante él, el

Cielo se abre para volcarse sobre la humanidad. Este es el misterio de la Eucaristía: la espera amorosa e incondicional del Amor Infinito buscando los corazones sencillos para entregárseles totalmente.

¡Qué grande es orar y qué pocos lo descubren...! Y por eso, cuántas gracias contenidas y cuánta voluntad divina sin cumplir entre los hombres.

Por lo que, en las épocas de la Iglesia en que los cristianos oran más, su irradiación apostólica es más sobrenatural, más segura, más extensiva, más fructífera, ya que todo cuanto pidamos al Padre en nombre de Jesús se nos concede. En nombre de Jesús, o sea, según Jesús, según su plan eterno y sobrenatural, que ha querido asociarnos a su donación infinita para con nosotros mismos por medio de la oración.

Dios determinó, en su plan eterno, darnos cuantas gracias necesitáramos en común y en privado en el seno de la Iglesia. Y nos las dio; pero quiso que fuéramos a buscarlas con espíritu contrito y corazón sincero, por lo que, si no las buscamos, no las encontramos y las perdemos.

Quiso también concedernos todo cuanto le pidiéramos, y sometió a nuestra oración innumerables dones que le serían arrancados en la medida de nuestra petición. Cuando no oramos, los perdemos. Y por eso, ¡cuántas gracias perdidas...!, ¡cuántas cosas que Dios quiere conce-

dermos por medio de nuestra petición, y por no pedirselas, no las alcanzamos...!

Yo hoy he comprendido de una manera nueva, en una ráfaga pequeñita de luz, en una penetración aguda de esta verdad en mi entendimiento, que cuando las cosas marchan mal, normalmente es porque, al no volvernos a Dios, no hacemos lo que tenemos que hacer y no conseguimos lo que tenemos que conseguir; ya que, en la oración, no sólo se aprende lo que hay que hacer y se consigue lo que hay que conseguir, sino que se esclarece el entendimiento en el descubrimiento de los planes de Dios y de su voluntad para todos y cada uno de nosotros.

¡Qué sencillamente he comprendido hoy y con qué seguridad he visto el corazón infinito de nuestro Padre lleno de gracias, de dones, de frutos, esperando que le sean arrancados por nosotros para la llenura de nuestro ser y actuar, en relación con nosotros mismos y con los demás...! ¡Cuántas gracias perdidas...!

A los pies del Sagrario es donde se aprende a ser lo que tenemos que ser y a hacer lo que tenemos que hacer. Ante las puertas del Sagrario surge la vocación a la virginidad, al sacerdocio, florece la vida misionera y se llena de impulso nuestro corazón, de luz nuestro entendimiento,

de fuerza nuestro actuar, para realizar los planes divinos con alegría y seguridad.

Por eso, cuando el hombre pierde su contacto con Dios, único fin para el cual fue creado, deja de ser lo que tiene que ser, y, actuando en consecuencia, hace lo que no debe hacer, o como no debe. Entonces, no surgen vocaciones, la vida misionera languidece, el humanismo se apodera de los corazones y el confusionismo nos invade. Porque ¿dónde encontrará la criatura el verdadero sentido de su ser y de su obrar con la auténtica sabiduría que ilumine su existencia, si pierde el contacto con el que es la Luz de sus ojos y el Camino de su peregrinar?

¡Qué pacífica, qué dulce y qué serenamente he comprendido hoy que el corazón de Dios no cambia! Está lleno de eternas misericordias, ardiendo en ansias infinitas de derramarse en torrentes de luz amorosa sobre nosotros, en nuestro ser y nuestro actuar; pero espera la tendencia sencilla de nuestras vidas hacia Él, la petición clamorosa de nuestras oraciones para volcarse concediéndonos todo aquello que, en nombre de Jesús, le pidamos.

También he comprendido que, si no se lo pedimos, no nos lo concede; descubriendo el porqué de la situación pavorosa en que nos encontramos los miembros de la Iglesia.

Ha conseguido el Maligno separar a los hijos de Dios del contacto con su Padre, ha conseguido quitar importancia a los sacramentos, está con-

siguiendo dejar los Sagrarios vacíos con el mito de poner al hombre en lugar de Dios, relegando a Dios, por lo tanto, a un segundo plano hasta hacerlo desaparecer del corazón del hombre.

¡Qué grande, qué omnipotente es la fuerza avasalladora de un alma sencilla que implora adorante el derramamiento del Amor Infinito sobre la humanidad...! A los pies del Sagrario se llena el fin para el que hemos sido creados, siendo lo que tenemos que ser y haciendo lo que tenemos que hacer con relación a nosotros y a los demás; pues conseguimos para los demás y para nosotros mismos cuanto pedimos, alcanzando el hacernos semejantes a Cristo, protector del huérfano y de la viuda, donador de amores, Padre de la verdadera justicia, Camino seguro que nos conduce a la verdadera y auténtica felicidad.

¡Qué grande es orar...! Tanto, que cuando oro, lleno plenamente las dimensiones incalculables de mi ser y de mi obrar, realizando el plan infinito de Dios al crearme para ser imagen y semejanza suya y para hacer, por adhesión y participación de su voluntad infinita, lo que Él hace.

¡Qué grande es orar...! Porque orar es estar con Dios. Y ¿puede haber cosa más grande para la criatura que ponerse en contacto con su Creador?

“Maestro, muéstranos al Padre y esto nos basta”. “El que me ve a mí ve al Padre”, “porque

el Padre y Yo somos una misma cosa”. Jesús, yo quiero estar contigo para estar con el Padre en el amor mutuo e infinito del Espíritu Santo, siendo lo que tengo que ser y haciendo lo que tengo que hacer, llenando así la plenitud de mi ser y de mi obrar, en el encajamiento perfecto de tus planes sobre mí, dentro del seno de la Iglesia.

Yo soy Iglesia, y, en función de mi sacerdocio, necesito estar “entre el vestíbulo y el altar”, recibiendo al Infinito para comunicarlo a los hombres, y recogiendo a la humanidad para presentarme ante Dios con toda ella, implorando, con petición sencilla y amorosa, el derramamiento de su voluntad sobre todos y cada uno de sus hijos.

¡Qué grande es un hombre cuando ora...! Tanto, que se hace poderoso con el poder de Dios, siendo capaz de vivir y ser, por participación, lo que Dios es y vive en el acompañamiento de su serse Familia.